**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: La Historia de Dios**

***8. Comienzan las batallas - Parte II***

**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: La Historia de Dios**

***8. Comienzan las batallas - Parte II***

*Ya te lo he ordenado: ¡Sé fuerte y valiente! ¡No tengas miedo ni te desanimes! Porque el Señor tu Dios te acompañará dondequiera que vayas.* Josué 1:9 (NVI)

**Introducción**

Dios le pidió que hiciera algo más que en la superficie no parece tener nada que ver con la batalla que seguía: Sólo te pido que tengas mucho valor y firmeza para obedecer toda la ley que mi siervo Moisés te mandó. No te apartes de ella para nada; sólo así tendrás éxito dondequiera que vayas. Recita siempre el libro de la ley y medita en él de día y de noche; cumple con cuidado todo lo que en él está escrito. Así prosperarás y tendrás éxito (Josué 1:7-8).

**La Ley**

La ley –las normas que Dios estableció para esta comunidad singular– no tenía nada que ver con pelear una batalla. En cambio, se le dio a los israelitas para que ellos pudieran vivir en paz unos con otros y ser la clase de comunidad en la que Dios pudiera morar. Sin embargo, ahora que él estaba a punto de entregarles la tierra que les había prometido, quiso asegurarse de que no se habían olvidado de cómo debían vivir, ya que tenía la intención de estar con ellos. Obedecer la ley, entonces, propiciaba las condiciones para el mensaje final de Dios, en el que le reaseguraba a Josué la noche anterior de su primera batalla: “Estaré contigo” (Josué 1:5).

La clave para la victoria no estaba en las armas superiores y las estrategias convencionales, sino en la obediencia. Dios le estaba diciendo básicamente a Josué: «No teman, confíen en mí. Hagan exactamente todo lo que les digo. Vivan según los principios que les he dado, y derrotarán a todo el que se les oponga». Y así fue.

Josué, de cara a un río infranqueable, una ciudad fortificada y una orden poco agradable para cada hombre del ejército, hace exactamente lo que Dios le dice. Cuando les comunica a sus oficiales sobre el plan de Dios para derrotar Jericó, ellos responden: “Nosotros obedeceremos todo lo que nos has mandado, e iremos adondequiera que nos envíes” (Josué 1:16).

Liderados por los sacerdotes que llevaban el arca del pacto se aproximan al Río Jordán, y cuando uno de los sacerdotes pone su pie en el río, Dios milagrosamente detiene el fluir de las aguas para que la nación entera pueda cruzar y entrar en Canaán. Entonces ellos obedecen a Dios y circuncidan a todo varón antes de empezar la notoria marcha alrededor de la ciudad de Jericó. Durante seis días marchan, dando cada día una vuelta alrededor de la ciudad. Luego, al séptimo día, rodean la ciudad siete veces antes de hacer sonar las trompetas y que Josué dé la orden: “¡Empiecen a gritar!” (Josué 6:16). Y los muros caen. Tal como Dios lo había prometido.

**La conquista de la tierra prometida**

El resto de la historia de Josué trata sobre la conquista. Ellos conducen una campaña hacia el sur, aniquilando a cinco reyes y sus ejércitos que se unieron para derrotar a los israelitas. Después se dirigen al norte y se enfrentan a una alianza de catorce reyes y sus ejércitos, exterminándolos también. Y no estoy hablando aquí de simplemente tomar una ciudad. ¡ellos las eliminaron! No hubo sobrevivientes. No hubo prisioneros. No se trataba de un puñado de soldados forajidos, sino de la nación escogida de Dios obedeciendo sus órdenes. Muchas personas leen esta parte de la Biblia y llegan a la conclusión de que Dios es cruel e inhumano. ¿Por qué tenía que eliminar a los nativos de esas ciudades?

La respuesta proviene de la Historia Principal, donde Dios está preparando un entorno perfecto para habitar junto a su pueblo. En realidad, si bien Dios quería entregarles Canaán, lo más importante era quitar de en medio a los que vivían allí, los amorreos, y aquí es donde vemos la coherencia de la Historia Principal de Dios. Después de entregarles los Diez Mandamientos que Dios talló en tablas de piedra, Moisés les dio un discurso fundamental a fin de prepararlos para su futura conquista de Canaán: “De modo que no es por tu justicia ni por tu rectitud por lo que vas a tomar posesión de su tierra. ¡No! La propia maldad de esas naciones hará que el Señor tu Dios las arroje lejos de ti. Así cumplirá lo que juró a tus antepasados Abraham, Isaac y Jacob” (Deuteronomio 9:5).

Más de seiscientos años antes, cuando Dios se encontró con Abraham por primera vez y le prometió hacer de su familia una gran nación, estableció las condiciones para la tierra que les daría a fin de edificar su nación: “Cuatro generaciones después tus descendientes volverán a este lugar, porque antes de eso no habrá llegado al colmo la iniquidad de los amorreos” (Génesis 15:6).

La misma tierra que Dios había elegido para que fuera el hogar de esta nueva comunidad estaba siendo profanada por la maldad de sus habitantes. Después de cuatro generaciones la maldad de estas personas se volvería tan detestable que Dios tendría que tomar la tierra por la fuerza. Lo que parece brutal y excesivo en la Historia Secundaria es una declaración sobre la justicia y la rectitud de Dios en su reino de la Historia Principal. Dios es paciente y tardo para la ira. Les dio más de seiscientos años para cambiar su manera de proceder. Si lo hubieran hecho, él también habría cambiado de opinión. Sin embargo, no podía tolerar la clase de iniquidad generalizada que había contaminado a toda la población amorrea.

Dios no puede residir en una tierra con gente que adora a otros dioses e incluso practica la prostitución como una forma de adorar a esos dioses. Nos puede parecer injusto que él ordene exterminar a una población entera, pero su comportamiento inicuo había alcanzado un nivel tal que tuvo que poner un límite. “Al Señor le resulta abominable todo lo que ellos hacen para honrar a sus dioses. ¡Hasta quemaban a sus hijos e hijas en el fuego como sacrificios a sus dioses!” (Deuteronomio 12:31). Era preciso hacer algo.

El mensaje de la Historia Principal es claro: la comunidad que Dios sueña para su pueblo –el ambiente al cual quiere descender para vivir con nosotros– no puede tolerar el mal.

¿Quién quisiera vivir en una anarquía así? Cuando los israelitas capturan la tierra y destruyen las ciudades, la justicia se administra de un modo dramático. No obstante, hay otra razón más por la que Dios le dio esta tierra su pueblo. El quería establecer su nombre en Canaán para que todos pudieran conocer al Dios verdadero. En el tiempo preciso –cuando la maldad de los amorreos alcanzó su punto máximo– Dios le dio la tierra a esta ahora gran nación llamada Israel para que otros pudieran ser atraídos a este Dios que desea estar involucrado de un modo tan íntimo con su pueblo.

Dios sigue llamándonos a ser la misma clase de pueblo único que atraerá a otros hacia él. Nos está llamando a vivir vidas distintivas y sanas que se diferencien de las vidas que se caracterizan por el egoísmo, la codicia y el materialismo. Nos está llamando a enfrentar a los gigantes de una economía fatal y los contratiempos personales de una manera que refleje nuestra confianza en él como un Padre que siempre provee para sus hijos. Nos está llamando a escoger la vida, a valorar a quienes la sociedad rechaza, a contrarrestar el odio y el prejuicio con el amor de Dios.

Así como los israelitas, necesitamos ser fuertes y valientes si hemos de vivir del modo en que Dios desea que vivamos. Debemos convertirnos en el pueblo de la Palabra a fin de conocer los caminos de Dios y seguir sus normas para llevarnos bien los unos con los otros. Y cada vez que experimentemos el sentimiento interno de que Dios quiere que hagamos algo difícil para él –ya sea cruzar la calle con el objetivo de hablarle a un vecino o adoptar a un niño que de otro modo no tendría la oportunidad de vivir– debemos hacerlo, de modo que otros puedan ver al único Dios verdadero.

En la Historia Secundaria los gigantes son más grandes que los israelitas. En la Historia Principal, Dios es mayor que los gigantes. Todos tenemos batallas que enfrentar en nuestra vida. Y al igual que Josué y los hijos de Israel, debemos ser fieles. Precisamos mirar la Palabra de Dios con el propósito de descubrir su voluntad en cuanto a cómo debemos proceder para encontrar valor y fuerzas. Tenemos que recordar que suceden más cosas de las que podemos ver.

**Conclusión**

Necesitamos ser personas de oración. Preguntarle a Dios si debemos avanzar o mantener nuestras posiciones. La oración incluye escuchar a Dios. Si él está en el asunto, ve a la carga. Si no lo está, mejor mantén tu posición.

Debemos ser personas que se identifiquen con Dios. Si hemos llegado a establecer una relación con Dios a través de Jesucristo, tenemos que declarar públicamente nuestra lealtad a él y bautizarnos; identificarnos sin vergüenza con nuestro Dios tanto en público como en privado. Necesitamos vivir en obediencia para que otros sean atraídos a nuestro Padre amoroso.

Así como Josué peleó la batalla de Jericó, Dios nos permite pelear nuestras propias batallas, en medio de nuestras circunstancias particulares, sabiendo que él está en control. Su promesa sigue siendo verdad: «Yo estaré contigo».